

# UN GRAN ARCHIVO HISTÓRICO MEXICANO EN PARÍS

Luis WECKMANN

EL ARCHIVO de la Misión Diplomática de México en Francia —virtualmente completo desde el año de 1823— constituye, sin duda, una de las más ricas fuentes documentales para la historia de nuestro país, tanto desde el punto de vista de sus relaciones internacionales como para el examen de su estructura y evolución internas, principalmente a lo largo del siglo XIX. Lo que pudiera denominarse *Serie Antigua* encierra, en legajos forrados con pergamino y empastados a la florentina, unos 24,000 documentos relativos al período 1823-1867. Esta Serie consta de sesenta volúmenes (en legajos numerados del 1 al 59; el legajo 39 consta de dos volúmenes), de los cuales los 51 primeros contienen documentos de 1823 a 1867; los legajos 52-59, que parecen haber sido añadidos en fecha ulterior a la colección primitiva, encierran papeles del año 1842. Existe teóricamente, dentro de la Serie Antigua, un total de 829 expedientes (de los cuales el último se descompone en 48 partes), a cada uno de los cuales corresponde un tema o asunto particular. Hasta ahora, solamente unos dieciocho no han sido localizados. La Serie constituye así una colección notablemente completa dada su antigüedad, y excepcional si se recuerdan las penurias y abandonos que a menudo van asociados con la conservación de nuestros archivos históricos.

La *Serie Moderna*, encerrada en legajos idénticos a los anteriores, da principio en 1879 para terminar en 1926. Se trata de dos colecciones: la "Correspondencia Ordinaria" (1879-1926), distribuída en 95 volúmenes, marcados del 1 al 60, y del 62 al 96. (No se encuentra el volumen 61 que, a juzgar por la distribución general de la Serie, debió contener documentos del período 1914-1915.) Los siete volúmenes (1879-

1900) de la "Correspondencia Reservada" constituyen la segunda parte de este grupo. Los primeros seis corresponden al período 1879-1882, y el marcado con el número 7 encierra documentos fechados de 1888 a 1891, y en 1900.

La *Serie Contemporánea* comienza en 1919 —o sea que al principio se sobrepone a la *Moderna*— y continúa hasta el presente; 37 grandes legajos forrados de cartulina negra contienen la documentación relativa al período 1919-1928.

HE PODIDO, en el curso de los últimos tres años, examinar detenidamente la gran mayoría de los documentos que integran la *Serie Antigua* (1823-1867): de un total estimativo de veinticuatro mil, he recorrido —con vistas a la eventual publicación de un Catálogo analítico— los que encierran los legajos 1 a 49 (1823-1865), que hasta la fecha suman más de 22,000. Este total abarca no sólo la correspondencia oficial, con México, de la antigua Legación (que refleja, en buena medida, la documentación que debe encerrar el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores), sino, además, un sinfín de documentos oficiales y privados: informes consulares, datos estadísticos acumulados por las agencias comerciales de México, memorias, reseñas, notas oficiales de los ministerios franceses, misivas personales, diplomas y pasaportes, etc.

Por lo que toca a la correspondencia, tanto oficial como privada, cabe imaginar la importancia del contenido si se recuerda tan sólo cómo, antes de 1867, fueron jefes de la misión diplomática mexicana en París personalidades políticas de primer plano, liberales o conservadoras, como Lorenzo de Zavala, Luis G. Cuevas, Juan Antonio de la Fuente, José María Hidalgo y el General Juan N. Almonte. Los documentos suscritos, despachados, o recibidos por esos cinco personajes figuran al lado de otros más, innumerables, que ostentan firmas de toda nuestra galaxia política del siglo pasado: Alamán, Santa María, Michelena, Rocafuerte, Manuel Eduardo de Gorostiza, José María Luis Mora, Bustamante, Gómez Pedraza, Rejón, Peña y Peña, Luis de la Rosa, Andrés Viesca, Santa-Anna, el arzobispo Labastida y Dávalos, Tornel, Otero, Zamacona, Degollado, León Guzmán, Ezequiel

Montes, Riva Palacio, Sebastián Lerdo de Tejada, Ocampo, Zarco, Juárez, Guillermo Prieto, Gutiérrez Zamora, Emparán, Couto, José Fernando Ramírez, Juan de Dios Peza, Miramón, Márquez y Maximiliano de Austria. La *Serie Antigua* encierra, por lo que se refiere a la Era de la Reforma, la correspondencia lo mismo del gobierno liberal que la de las autoridades conservadoras.

El mundo político y científico francés de la época se encuentra también excelentemente representado en esa documentación, donde aparecen notas y misivas —a menudo autógrafas— entre otros, de Villèle, Polignac, Tocqueville, Ampère, Broglie, Lafayette,\* Lamartine, Sébastiani, Molé y Walewski, al lado de otras más de Guizot, Casimir Périer, Jules Bastide, Drouyn de Lluys, Ingres, Auber, Octave Feuillet, Victor Duruy, Viollet-le-Duc, Gounod, el barón Haussmann y los mariscales Sout, Vaillant, Randon y Forey.

El *Archivo histórico diplomático mexicano* ha publicado varios volúmenes que ilustran ciertos aspectos de las relaciones diplomáticas franco-mexicanas en el siglo pasado, entre ellos los que editaron, con gran talento y cuidado, Antonio de la Peña y Reyes, Jorge Flores y Rafael Heliodoro Valle. En ellos se puede seguir, por ejemplo, el curso de las negociaciones que, iniciadas por Tomás Murphy, padre, y terminadas por Gorostiza, llevaron al gobierno francés a reconocer nuestra independencia. La *Serie Antigua*, que encierra los borradores de todos los documentos editados en esos volúmenes del *Archivo histórico diplomático*, contiene otros más, complementarios, que hasta ahora no han sido publicados. De todas maneras, lo que se ha publicado —o sea varios centenares de documentos— no representa sino una pequeñísima proporción, y seguramente no la más importante, de lo que encierra la *Serie Antigua*. En los 24,000 documentos de que consta se trata, en efecto, una infinita variedad de asuntos de interés histórico, tanto de índole política como

\* Cf. mi artículo "La Fayette et la reconnaissance de l'Indépendance du Mexique", en *Nouvelles du Mexique* (Revista Trimestral de la Embajada de México en Francia), núm. 11 (octubre de 1957), pp. 15-17.

económica, social y cultural, para no mencionar los de interés puramente biográfico y anecdótico.

Los documentos de la *Serie Antigua* ilustran, por ejemplo, tanto los viajes a México de los primeros agentes oficiosos franceses como la correspondencia cruzada entre la Agencia comercial mexicana en París (antecesora de la Legación) con nuestros primeros agentes diplomáticos en Europa. Se puede seguir, a través de los relatos del avizor Tomás Murphy, padre —nuestro primer agente oficial en París—, lo mismo las andanzas por Europa del obispo Francisco Pablo Vázquez, que las ambiciosas y sutiles intrigas del Conde de Moctezuma, quien logra embarcarse para nuestro país haciéndose pasar por mexicano. Es interesante examinar también —gracias a los periódicos informes rendidos por nuestros primeros agentes comerciales en Burdeos, en Bayona y en otros puntos— las actividades no sólo de los expulsos de 1827 y 1829, sino de toda una serie de exilados en épocas posteriores: el general José Morán, la marquesa de San Román, Gómez Pedraza, Manuel Robles Pezuela, el arzobispo Fonte y los generales Paredes, Bustamante, Haro y Tamariz, Almonte y Miramón, entre otros.

Al finalizar la tercera década del siglo pasado, nuestros representantes diplomáticos en París se cruzan, en las antecelas de los ministros franceses, con los agentes de los rebeldes texanos, llegados para concertar empréstitos en Francia, y para hacer reconocer su independencia. Esos episodios se suman a otros muchos, en los que se tejen proyectos de monarquía para México, ideados por las cortes europeas para beneficio, entre otros, de don Francisco de Paula y de don Carlos de Borbón, del Infante de Parma, del Conde de Flandes (hermano de Carlota de Bélgica) e incluso de uno de los Bonaparte. Además de algunos de nuestros próceres conservadores, directamente interesados, aparecen de vez en cuando ciertos políticos sudamericanos —como García del Río— mezclados en algunos de esos proyectos.

TODAS LAS DELICADAS y lentas negociaciones de nuestros tratados con Francia (tanto de los suscritos, como de los que

no pudieron llegar a firmarse) pueden seguirse, con lujo de detalle, en los documentos de la antigua Legación. Se encuentra ahí, además, importante material relativo a los establecimientos rusos en California, a los ambiciosos proyectos de Raousset de Boulbon (y de algunos precursores suyos) en Sonora, así como a la expedición de Sentmanat a Tabasco.

De Raousset existe, entre otros interesantes documentos, la copia —cuya autenticidad me parece segura— de una carta escrita en Mazatlán en diciembre de 1852 y dirigida a uno de sus amigos, que a la sazón se encontraba en Valparaíso, con quien se encontraba asociado en algunos proyectos para cazar lobos marinos y establecer pesquerías de perlas. En esa misiva narra ampliamente el aventurero, a su manera, las peripecias del fracaso de su primera tentativa de conquista de Sonora. Se trata de un texto bastante largo, escrito en un francés que dista mucho de ser impecable, y en el cual se refleja el carácter impetuoso, altivo y petulante de su autor. Se encontraba entonces Raousset convaleciente de una disentería, a la que atribuye en primerísimo lugar (aparte de las consabidas “traiciones”) el fracaso, que estimaba pasajero, de sus planes militares. El documento es interesante, entre otras cosas, por la luz que arroja sobre ciertos aspectos de la vida social y económica del Noroeste de México a mediados del siglo pasado. Habla Raousset, por ejemplo, del descontento existente en varios sectores de la población —descontento del que intentó aprovecharse—, y afirma que para sus planes de independencia había recibido promesas de apoyo, no sólo de los extranjeros, sino de los habitantes de los altos valles de Sonora: “tuve incluso partidarios —añade— en las filas del clero”.

Se pueden seguir asimismo a través de los documentos de la *Serie Antigua*, gracias a las reseñas enviadas mensualmente de México, las convulsiones internas y la evolución política de nuestro país a partir del año 1831. En marzo de ese año, Lucas Alamán —a la sazón secretario de Relaciones Exteriores del general Bustamante— proporciona a Tomás Murphy, hijo (encargado de la agencia mexicana en París) la noticia del fusilamiento de Guerrero. Si Alamán se mos-

tró avaro de informaciones acerca de ese desgraciado episodio en su *Historia*, en esa carta, fechada el 1º de marzo de 1831, elabora por el contrario una serie de consideraciones en torno del fusilamiento y hasta ensaya un principio de justificación:

...Parece que estamos condenados a ver concluir en el patíbulo a los hombres que de alguna manera cooperaron a consumir la independencia nacional. Pero cuando la fatalidad conduce las cosas de modo que la existencia de algún individuo está en oposición directa con el bien público, es indispensable sacrificarlo todo en obsequio de la comunidad. En este caso se halló aquel infortunado General. Honrado por sus conciudadanos hasta un punto bastante a saciar cualquier ambición, habiendo llegado al mayor grado de la milicia y a obtener de la liberalidad de aquéllos un título de benemérito difícil de adquirir, no fue bastante virtuoso para reconocer que un paso dado más allá de los límites racionales sería su ruina...

Resulta interesante examinar también todos los hilos de las reclamaciones francesas (indudablemente exageradas) contra México en diversas épocas, y en particular las razones que inspiraron a Luis Felipe, e incluso a la Segunda República, a pedir a los Estados Unidos que entregara a Francia la indemnización monetaria que nos correspondía según el tratado de Guadalupe Hidalgo. Tiempo después, y especialmente a partir de 1857, llaman la atención de nuestros agentes diplomáticos en París los viajes, las conversaciones y los misterios que rodean a toda una serie de agentes —entre ellos los generales Cortés y Antonio Corona— que recorrían Europa en nombre del general Santa-Anna. En vísperas de la Intervención tripartita, las negociaciones seguidas por Juan Antonio de la Fuente con los ministros norteamericanos en París y en Londres descubren nuevos e interesantes aspectos de aquel gran problema.

De la lectura de los documentos del archivo de la antigua Legación puede colegirse también cómo las opiniones expresadas alrededor de 1861 por los ministros de Napoleón III sobre las Leyes de Reforma, especialmente en materia de libertad de cultos, no coincidían en mucho con las sustentadas por el partido conservador mexicano, su

gran aliado en México. Más sorprendente aún resulta la opinión que sobre la materia abrigaba nada menos que el ministro de Negocios Extranjeros de Maximiliano. En carta fechada el 12 de mayo de 1865 —que bien pudiera haber sido firmada por un “chinaco”—, José Fernando Ramírez decía, en efecto, a José María Hidalgo, ministro del Imperio Mexicano en París:

La llamada cuestión religiosa sólo se le da tal denominación por un reducido número de personas... y solamente para ellas tiene grande importancia... El pueblo la ve con la más absoluta indiferencia. La razón es perentoria: no tiene religión. Tiene innumerables prácticas externas y con ellas se encuentra satisfecho... La religión ha sido en México el pretexto y grito de guerra para hacer triunfar intereses políticos, frecuentemente de mala ley...

La *Serie Antigua* encierra numerosos documentos que ilustran no sólo la historia política de nuestro país, sino que, además, arrojan luz sobre las relaciones entre Francia y otros países de la América hispánica. Así, hay expedientes dedicados a la expedición Flores al Ecuador y al ataque franco-británico contra Buenos Aires. Nuestra legación en París, por otra parte, se encontraba con mucha frecuencia en el centro de importantes acontecimientos que rebasaban las fronteras de Francia. Así, por ejemplo, participó activamente en el proyecto de mediación franco-británica para que España reconociese nuestra independencia; y, de nuevo, en la segunda mediación que nos fue ofrecida para resolver las dificultades que surgieron con el gobierno de Isabel II de España en los años 1856-1858. Don Miguel Santa María estableció su cuartel general de operaciones, primero en Londres, después en París, en el curso de sus gestiones cerca de Madrid. Quedaron aquí también los papeles relativos a las misiones que desempeñaron en España Lafragua y Juan Antonio de la Fuente. El general Almonte estuvo con frecuencia, en viaje oficial, en la Península; y el archivo de la antigua Legación mexicana en París conserva aún el voluminoso expediente relativo a las negociaciones previas a la firma del tratado Mon-Almonte. La representación mexicana en París tuvo a

su cargo asimismo nuestras relaciones con Bélgica, por lo menos hasta el establecimiento de la primera Legación en Bruselas. Durante la época del Segundo Imperio dispuso, además, de una especie de derecho de supervisión sobre las misiones diplomáticas que Maximiliano abrió en toda Europa. También por muchos años París fue el conducto de nuestros primeros contactos con países como Grecia, Suiza, Portugal, Turquía, Italia, los Países Bajos, Túnez, Suecia, Rusia, Dinamarca e incluso —hasta 1858— Austria. Los consulados mexicanos en Alemania, Holanda y Bélgica, Suiza e Italia, rendían informes a París; y, por último, fue a través de la antigua Legación imperial en Francia como Maximiliano entabló una correspondencia con Pedro II del Brasil.

LOS DATOS relativos a la historia militar de México que aparecen en la *Serie Antigua* son abundantes y ofrecen el mayor interés. Ya desde 1824, Tomás Murphy, padre, enviaba a México detallados informes sobre los preparativos de la expedición de Barradas, obtenidos gracias a sus antiguas amistades y conexiones —como viejo liberal español— en Cadiz y en otros puertos de España. Las andanzas de Walker por la Baja California, en 1854, han merecido los honores de un expediente especial. En la infinidad de documentos relativos a la “Guerra de los Pasteles” y a la Intervención, hay utilísima información, en especial la correspondencia cruzada entre Juárez y el líder republicano francés Jules Favre, amén de numerosas cartas particulares, entre ellas una escrita por Gutiérrez Estrada durante los primeros episodios de la agresión naval francesa de 1838. El ex secretario de Relaciones Exteriores se encontraba en París, a título privado, y estando por salir para Italia fue llamado por el conde Molé, Presidente del Consejo de Luis Felipe, quien deseaba tener con él una conversación. He aquí lo que escribe Gutiérrez Estrada, el 10 de septiembre de 1838, al ministro de México en París, Máximo Garro:

Siendo éste un punto delicado, le hice manifestar mi deseo de recibir una invitación por escrito; y me envió, poco después, la correspondiente esquila. Me recibió Molé con la mayor cortesía, y se lamentó del lastimoso estado de las relaciones con México.

Me aseguró que desde un principio había desaprobado el lenguaje utilizado por Deffaudis en el ultimátum, que repudiaba la forma de ese documento, no así su contenido que no juzgaba exagerado. Añadió que para evitar la guerra se había enviado como jefe de la expedición a un hombre tan conciliador como firme, quien lleva instrucciones de no apelar a las armas sino resueltamente cuando hubiera cerrado México los oídos a todas las palabras de conciliación.

Le contesté que en las circunstancias actuales todos los partidos apoyarían al Gobierno, a lo que replicó Molé que los políticos eran volubles, habiendo añadido: "On ne menace pas votre indépendance... il n'en est pas même question". Aclaró que Baudin llevaba intenciones pacíficas, y que "suceda lo que sucediese, la Francia no nos enviará en ningún caso un solo soldado, limitando sus hostilidades al simple bloqueo". En realidad "estos señores" han tenido tiempo para reflexionar sobre las complicaciones de la expedición, y buscan el modo de salir de su embarazo actual del modo menos deshonesto posible... Parece ser que los franceses cuentan con nuestra "volubilidad". Molé me trató con la mayor cortesía durante toda la entrevista, y me invitó repetidas veces a hablar con franqueza, como viejo amigo. Le hice ver que México defendería su territorio. Le dije por lo menos cuatro veces que había desaprobado la forma ofensiva y poco decorosa que revestían las comunicaciones de Deffaudis, y que había reprobado su venida a Francia así como su regreso a México, "que iba a agriar los ánimos". Le aclaré que en todo lo dicho hablaba como particular, y sin comprometer a mi gobierno. La conversación duró hora y media, sin venir a conclusión alguna, como Ud. conocerá que no podía menos que suceder. Me convenzo cada día más de lo mal que se conoce a nuestro país: una carta inserta en el *Commerce* de anteayer asegura que las señoras de Méjico pasan la mayor parte del día en la hamaca!!!

La lista de los oficiales mexicanos educados en Francia, o que siguieron en ella cursos de perfeccionamiento, es tan larga como distinguida: aparecen ahí, entre otros, los generales Woll, Paredes y García Conde, al lado del capitán Leandro Valle. Numerosos fueron también los oficiales mexicanos que, en el siglo pasado, vinieron a examinar los métodos y las instalaciones militares francesas; y por lo que toca a la compra de armamentos —especialmente después de que terminó nuestra guerra con los Estados Unidos—, se gastaron sumas inmensas, y varias comisiones permanentes mexicanas —en las que figura-

ron, entre otros, los generales Corona y Portearroyo— se sucedieron en París, de 1849 hasta 1855. Fueron enviadas a México decenas de miles de fusiles y otras armas, e incluso instalaciones completas para la fabricación de pólvora y de balines. ¿Quién pudiera decir hasta qué punto las armas utilizadas en la batalla del Cinco de Mayo fueron, en ambos lados, de fabricación francesa?

La Legación mexicana en París se encargó también, en diversas épocas, de reclutar oficiales europeos para el entrenamiento técnico de nuestro ejército. Salieron así a México, contratados, numerosos militares franceses, españoles, austríacos y prusianos. Estos episodios, así como otros más, relativos a la venta, en Europa, de viejos barcos de guerra mexicanos, a los jefes y oficiales mexicanos prisioneros en Francia, o bien al costo y organización de las legiones austríaca y belga durante el Imperio, dan una idea del interés que tienen los documentos de la *Serie Antigua* para el estudio de nuestra historia militar.

DESDE EL PUNTO de vista cultural, se puede ver paso a paso, a partir del año 1824, qué periódicos y libros se enviaban de Francia a México. Se remitían también textos y codificaciones legales, modelos de máquinas y, en fin, una serie de objetos destinados a los teatros. Resulta interesante conocer, por otra parte, las peripecias que corrieron en Europa las antigüedades mexicanas que generalmente salían de nuestro país en forma clandestina, a las que habría que añadir uno de los originales del Acta de la Independencia. La Legación se ocupó de la impresión, en París, de la Carta General y Atlas de la República; auxilió para que fuese admitido, en las escuelas de Francia, un número elevado de estudiantes mexicanos: en las Facultades de Medicina (especialmente de Montpellier y de París), en la Escuela de Minas, en la Escuela Militar de Metz, etc.

Vinieron también a lo largo del siglo pasado numerosos comisionados para estudiar las diversas ramas de la administración pública francesa (y el Segundo Imperio acarició, en un momento dado, el proyecto de dotar de subsecretarios fran-

ceses a varios de nuestros ministerios). Se pueden seguir en la *Serie* las huellas de los técnicos, de los educadores y de los especialistas franceses que salieron rumbo a México décadas antes de la Intervención. También puede verse cómo se introdujo en nuestro país el sistema decimal, y la manera como participó México, en los inicios de su vida internacional, en varias reuniones de Estadística o de Agricultura, y en qué forma se hizo representar en la Exposición Universal de París de 1855.

El intercambio comercial franco-mexicano del siglo pasado —cuyo examen detallado reserva no pocas sorpresas— puede reconstituirse gracias a los puntuales informes enviados a París por los agentes comerciales, los vicecónsules y los cónsules que México estableció, desde hora temprana, en los principales puertos franceses. (Datos adicionales, aun cuando muy fragmentarios, existen también, remitidos a la antigua Legación por los cónsules mexicanos en puertos no franceses como Altona, Amberes, Génova, Rotterdam, Civitavecchia y Hamburgo). El historiador puede darse cuenta, por ejemplo, de que en 1826 Burdeos mantenía ya con México un comercio casi igual, en volumen, al que tenía con las posesiones francesas de las Antillas; y de que, en 1827, Sebastián Camacho, secretario de Relaciones Exteriores, en carta dirigida desde París al Conde de Villéle, presidente del Consejo de Carlos X, podía afirmar que, “según un cálculo aproximado, los dos tercios del comercio exterior [de México] han sido alimentados por artículos y manufacturas francesas”. Más de cuarenta barcos llegaban por entonces, cada año, al solo puerto de Burdeos, cargados de materias preciosas y de ricas mercaderías, como vainilla, palo de tinte, añil, artículos de cuerno y de coral, tabaco, piedras semipreciosas, amén de grandes cantidades de oro y plata, y metal amonedado. ¡Una sola nave llegó en una ocasión con más de 500,000 pesos fuertes! No en balde ha afirmado el historiador Jacques Heers que Burdeos se especializaba entonces en el comercio mexicano; que era, gracias a esa circunstancia, el mercado europeo de la cochinilla, y que ese puerto, en suma, “debe buena parte de su fortuna a la independencia política de México”.

Resulta interesante también observar el tesón con que Alamán, el Banco de Avío y otras personas e instituciones se interesaban en adquirir, en Francia, toda clase de maquinarias industriales —especialmente textiles— aparte de un sinnúmero de artículos entre los cuales hay que mencionar no sólo cabezas de ganado merino, semillas, injertos y gusanos de morera, sino incluso camellos y dromedarios. Por otra parte, de las reclamaciones presentadas por la antigua Legación al gobierno francés se pueden entresacar interesantes datos acerca de la explotación clandestina que ciertos franceses hacían de nuestras salinas y depósitos de guano en las islas del Pacífico.

Aparte de las remesas de equipo industrial —acompañadas generalmente de obreros especializados y de técnicos—, la representación mexicana debió de ocuparse de los asuntos más disímiles: de la instalación de faros en nuestras costas; de arreglos conducentes al arriendo, en favor de franceses, de nuestra Casa de Moneda; de tranquilizar al público francés sobre los bonos de la deuda inglesa (y posteriormente, de la deuda pública del Segundo Imperio), etc. Los documentos existentes proporcionan cifras que permiten fijar el valor del peso mexicano en el mercado europeo, e incluso señalar los salarios y remuneraciones existentes en México en diversas épocas.

Tienen particular interés, desde otro punto de vista, todos los proyectos de colonización existentes a partir de 1829, que fueron alentados con renovado vigor al terminar nuestra guerra con los Estados Unidos. La colonización francesa del Coatzacoalcos, de Jicaltepec y de la región de Tuxpan, así como las colonias italianas de Papantla, pueden estudiarse en los documentos del archivo hasta en su más mínimo detalle. El general Almonte, tiempo después, elaboró nuevos proyectos para el istmo de Tehuantepec. Aparte de la colonización, pueden seguirse con gran fidelidad las diversas ocupaciones a que se entregaba la inmigración francesa en el siglo pasado. La excesiva importancia que los franceses adquirieron en el ramo del comercio al menudeo parece haber llegado hasta un grado que amenazaba directamente la economía, no muy firme entonces, de nuestro país. Por otra parte,

una vez que se la ve de cerca, adquiere relevancia comercial e industrial la importante colonia mexicana establecida, desde principios de siglo, en las regiones de Bayona y Burdeos, muchos de cuyos miembros tenían importante participación en el intercambio comercial entre México y Francia.

EXISTEN OTROS miles de temas en la *Serie Antigua* que ofrecen indudable interés para el investigador: los proyectos para establecer ferrocarriles en México, en la época de Maximiliano y antes; los planos para un ferrocarril interoceánico en Tehuantepec (en los que se encontraba personalmente interesado el general Almonte); la patética búsqueda, en Europa, de remedios contra la fiebre amarilla; los esfuerzos de los carlistas españoles para ampararse con pasaportes mexicanos, etc.

Por supuesto, no todos los asuntos de que hubo que ocuparse nuestra misión diplomática en París fueron graves y de trascendencia. También han quedado huella de otros que constituyen rico filón para la pequeña historia y la anecdótica. Así, por ejemplo, podría escribirse todo un folletín en torno de las aventuras de un falso obispo de Jericó: un fraile mexicano poco escrupuloso, que recolectaba limosnas en Europa ostentando una dignidad que no le correspondía. Los numerosos incidentes surgidos en México por los residentes franceses —sin excluir a los ministros Deffaudis y Saligny—, los esfuerzos desplegados en Europa con objeto de reclutar una “Guardia Suiza” para Santa-Anna, las escandalosas deudas y conspiraciones folletinescas del general Basadre, nuestro ministro en Berlín, y otros episodios más vienen a añadir sal y pimienta a una extensa y valiosa colección de documentos.

Un número crecido de expedientes relativos a sucesiones y testamentos esclarecen ciertos puntos de historia familiar. Entre las curiosidades que alberga la *Serie Antigua* se cuenta, además, la carta oficial mediante la cual José María Hidalgo renunció a la nacionalidad mexicana, años antes de ser nombrado ministro plenipotenciario del Segundo Imperio en París. También existen documentos oficiales que nunca pudieron ser entregados —circunstancia reveladora de difíciles circunstancias—, como la carta en que don Benito Juárez comuni-

caba a Napoleón III haber tomado posesión de la presidencia de la República.

Por último, entre las cartas particulares del archivo, se encuentra la que el fiel agente del gobierno liberal en París, Andrés Oseguera, dirigió, el 2 de octubre de 1861, a su amigo Juan Antonio de la Fuente. Surge de ella, en unas cuantas pinceladas, uno de los retratos más vigorosos que jamás se hayan hecho del Benemérito:

Juárez tiene la rara, rarísima cualidad entre los gobernantes de *ver claro* y fríamente las cosas. No se alucina, y esto es mucho; y menos se arredra de la situación. ¡Qué fatalidad es la nustral! Tenemos un hombre completo a la cabeza del gobierno y no lo conocen; tiene la energía moral tan necesaria en el que manda, y por tres años lo ha manifestado; tiene una honradez *antigua*, catoniana, y no aplaudimos y no la aprovechamos... Estoy persuadido de que el Sr. Juárez triunfará: caerá si es posible, pero momentáneamente, para recobrar sus fuerzas *en la tierra*, desgraciada y santa madre nuestra, pero al fin llamada a un destino próspero y grande...